

La f(r)actura del tótem

FRANCK GONZALEZ

“Bestiario” es el título de la última exposición colectiva celebrada este verano en Agaete, Gran Canaria, Islas Canarias.

I

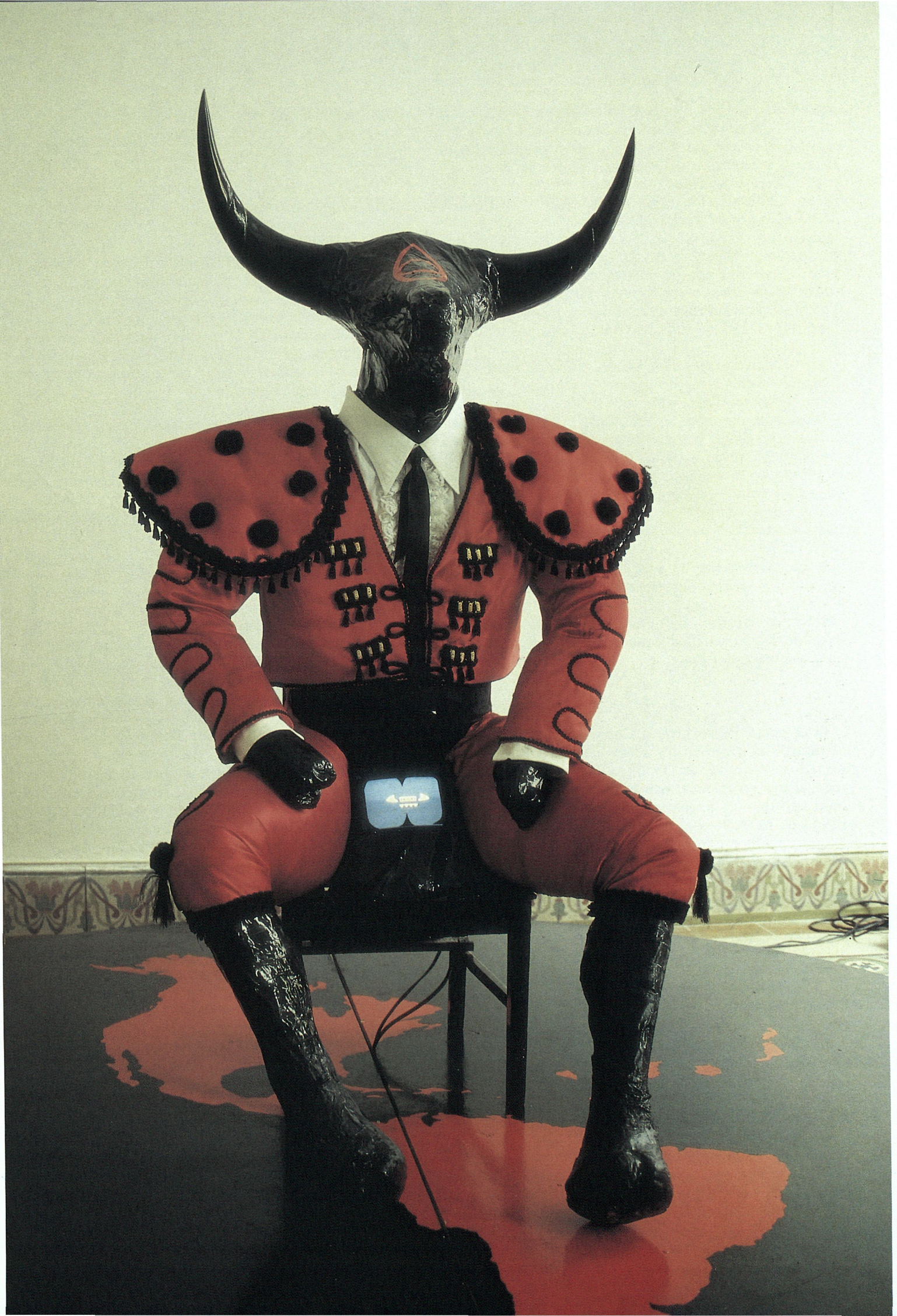
“Bestiario” surge de la necesidad de cuestionar algunos parámetros en torno a la celebración de la imagen. A tal efecto, se dispuso que la muestra contara con un estrecho margen referencial: Los bestiarios. Como es sabido, éstos eran compendios de raíz grecolatina, especialmente populares en la Baja Edad Media, en los que se dotaba a una serie de animales reales o ficticios de determinados valores de carácter moral o religioso. Algunos de los conceptos básicos sobre los que se asentó este género, tales como el de la “utilidad” moral o el valor de las “propiedades” analógicas de los animales perderían definitivamente su significado en las mismas décadas en las que las diversas monarquías europeas asumen la conquista de los territorios y culturas africanas, americanas y asiáticas... Así pues, la misma asunción de un modelo ajeno a nuestra cultura sitúa a la muestra en una breve “tierra de nadie” especialmente útil para el propio desarrollo de la exposición.

Por otro lado, la celebración de la imagen del animal nos permite volver a resituarnos, desde otros parámetros, los conceptos de Territorio y Naturaleza así como la relación del sujeto con ambas. Volviendo atrás, el primer animal, el primer hombre, fue tomado por numerosos clanes, antes de la era de la escritura, como el único interlocutor real existente entre la Tribu, como representación del sujeto y la Naturaleza. El animal da nombre de esta manera a la tribu y de este diálogo nace el rito y el factor de identidad primigenio. El asentamiento del Tótem, en tanto que canal de comunicación entre lo Físico y lo Metafísico, entre la realidad impuesta y la ordenación de la finalidad y, a su vez, como principio y dogma patrio, paterno, permitirá la concreción de diversas cosmovisiones “nacionales” que por las propias características del momento histórico

anudaban el progreso del individuo al del clan/tribu y el de ésta al territorio. La construcción de las primeras religiones complejas y su rápida incursión en un abanico de regiones cada vez más amplio supuso la aceptación del concepto de necesidad de contar con una “Lengua Franca Universal”. Esta lengua vendría a demostrar, en lo sucesivo, el “fracaso” de la identidad primitiva, al parecer, excesivamente limitada y aldeana. En lo sucesivo el lema “Un Pueblo, un Imperio, un Líder” marcaría la Historia y la Cultura de Occidente, concretándose en un nuevo tótem... De esta manera, en el tránsito del hombre hacia lo inasible, el animal, en tanto que símbolo de identidad, fue expulsado del solar primigenio y compartido.

La memoria pronto sintió la necesidad de poblar de recuerdos el territorio humano ahora urbanizado, de volver a hollar el imaginario previo a la estandarización impuesta por la paulatina globalización. Rotos ya los lazos que le unían al resto de la Naturaleza, la memoria hubo de reinventar al animal. Tomar al animal por objeto es, pues, volver a experimentar de nuevo acerca de nuestros propios lindes. Es en esta vertiente en la que se encuentran los seis artistas isleños presentes en la muestra: José Coyote, Domingo Díaz, José Godoy, José Lirio, Jerónimo Maldonado y Luis Sosa. En ningún momento se trató de realizar un ejercicio de búsqueda de una “línea”, “estilo” o “generación” que pudiera unificarlos. La ruptura del concepto de la vanguardia como dogma-académico-único-del-progreso-universal que algunos aún tratan de imponer desde otros focos culturales ajenos al nuestro, en la superación del “artista local” por el “artista local mudado en internacional” —en tanto que marchamo económico-estético exportable— no deja de ser más que un residuo terminal de los frívolos años ochenta en un país con un exiguo mercado de arte. En este sentido, “Bestiario” muestra una obra realizada por parte de un número cada vez mayor de artistas que están asumiendo el reto de redefinir nuestro propio espacio, nuestra propia cultura, sin duda en estrecha conexión con el exterior,

José Coyote. Videoinstalación. 170 x 244 cms. Agárrale los huesos al toro. 1992. Foto: José Coyote. Cortesía: Antigafo. Agaete.



pero desde el ahora y desde la isla. Asistimos, pese a la grave situación en la que se encuentra nuestro país, a la vertebración no sólo de nuevas maneras y caras, sino a la celebración de la caída de los hasta hace muy poco "Tótems culturales" nacionales. El acoso y derribo de lo "culturalmente correcto" adopta el ancestral e isleño silencio del olvido. Es lógico, pues, que ante el rechazo del Canon como Unica cultura, aquellos que creen que la existencia de un arte excéntrico, ultrape-riférico, es la historia de un fracaso anunciado, no tengan a mano un ideario "pret a pôrter". Sin duda el Tótem como reflejo del control de los medios de masas y de los canales de distribución reclama su factura...

La compleja elaboración de un modo de representar o la más ardua tarea de concretar un modo de interpretar no dependiente es el aval de éstos y de algunos artistas más, presentes en "Bestiario". La multiplicidad de sus propuestas, la polivocidad de sus cuestionamientos no están alejados de los diversos niveles de lectura que los propios escolásticos realizaban sobre los libros conocidos como "bestiarios". Una vez más asistimos al tránsito de las mitologías individuales a iconos universales, a categorías mediatizadas. El objeto vuelve a asumir ritualmente la esencia del ejecutor sin escritura previa. La celebración de una nueva identidad aún sin estructura y la crisis del mercado del arte vuelve a dejar libres las manos para crear, pero también para transformar los estudios en almacenes, carentes, una vez más, de los adecuados canales de distribución... La obra vuelve a la obra.

II

Si el poeta Pedro García Cabrera dota de escritura al pájaro del sueño en los versos de "Dársena con despertadores" (julio de 1936), Domingo Díaz (1959) reconstruye un insecto, una araña para hacernos pasar bajo su totémica protección de hierro negro. La alteración de la escala y el permanente juego trazado desde la percepción en movimiento del espectador ante la obra y sus límites alcanzan en esta escultura un paradigma en la alteración del mensaje y de su representación. Díaz, uno de los más destacados escultores de esta nueva hornada, plantea su producción desde la orilla entre el espectador y el espacio que ocupa la obra a partir de un acusado reduccionismo de medios y formas. Domingo elude la anécdota para centrarse en piezas radicalmente ajenas entre sí, sintácticamente autónomas. Esta propuesta de producción es paralela a la desarrollada desde el ámbito de la pintura, del diseño y del objeto por Luis Sosa (1948). Sus "siete moscas para siete hermanos" son sintomáticas de su trayectoria última. Tras su "Fósil de *Cyperus Alternifolius* con lagarto" (1991) en el que tomaba la obra como territorio y concreción de un feed-back, Sosa se asienta sobre su inmediato paisaje urbano. El trazo, la huella dejada por un presente siempre accidental en sus trabajos de mármoles y moscas, plantean socarrones interrogantes más allá del dogma acerca del tiempo, lo cotidiano y lo universal. La metáfora y el juego de pala-

bras se entrelazan para situarse por encima del lema en un salto hacia un territorio común, hacia el animal compartido.

Desde otra esquina de la poética, Jerónimo desata un singular automatismo sobre los lomos mudos de animales primigenios. Maldonado (1963) presenta una obra sobre papel que forma parte de un conjunto de obras aún inéditas titulado "El Paraíso Perdido". La reconstrucción de la Utopía, tímidamente señalada en el libro realizado en colaboración con el poeta Sergio Domínguez Jaén "Rinden viaje en esta infancia" adquiere en esta serie el carácter de un friso atemporal que hilvana una madura cosmovisión a partir de la asunción de la otredad del animal o de la proyección en él de arraigadas mitologías personales.

La reverberación de la imagen del animal ocupa el eje de la producción de Lirio y Godoy. La obra de José Lirio (1962) introduce, dentro de su último trabajo, un meditado análisis de la imagen en su serie "Pedazo de Animal". Animal dentro de animal, la per-versión y manipulación del objeto mediatizado provoca la destrucción del impacto recibido por el espectador, relegando el suceso a nombre común, devolviéndolo a la memoria clónica de los medios de masas. En este sentido, la pérdida del "aura" benjaminiana va pareja a la pérdida del sentido de realidad avanzado en sus obras. Sentido de irrealidad que se perfila día a día como una de las nuevas claves de nuestro tiempo. Por su parte, José Godoy (1965), tras su tránsito por el mundo mineral y vegetal, arriba a un animal cargado de referentes. La frontera icónica comúnmente aceptada entre lo racional y lo irracional —la fragmentación metafórica de las estampas de álbum, en tanto que fragmentos de la memoria del hombre— alcanza el absurdo, fracturándose en una obra en la que los parámetros pueden ser, sutilmente, alterados. La equívoca simplicidad de la representación queda permanentemente sujeta a revisión a partir de un modelo clonado, plástico. La superación de este estadio de reflexión viene de la mano del último animal, un hombre post-industrial cuya memoria aún retiene el horizonte perdido de Caspar David Friedrich y el sujeto de Magritte, enfrentado ahora a un territorio por él devastado.

Por último, la videoinstalación de José Coyote (1963) cierra el recorrido trazado en la muestra, al retomar el mito catártico de la destrucción del Tótem. Un Toro —símbolo de la "Madre Patria", de España— travestido en torero onanista se asienta sobre un negro ruedo con las siluetas de las Américas y Canarias pintadas con la sangre que el Padre Cronos derrama. La cronología vuelve a describir, tras 500 años, una parodia irreverente que alcanza el drama merced a las imágenes de la otra realidad latinoamericana monitorizada en los genitales del animal. La ácida crítica política a la conquista de estas tierras y al estadio colonial consiguiente, nos sitúa de nuevo ante la barrera de este ruedo a caballo entre el mito y la identidad, entre la fractura y la factura del Tótem.

José Godoy. Territorio. 1993. Acrílico/tela y madera. 160 x 100 cms. Cortesía: Antigafo. Agaete. Foto: Francisco Rojas.

